

TUCÍDIDES: 2,400 AÑOS DE VIGENCIA

FEDERICO ZERTUCHE

Al embajador Carlos A. de Icaza, como testimonio de amistad y admiración

Ser historiador con plena actualidad luego de casi dos milenios y medio y tener visos de perennidad, más que una proeza, que sin duda lo es, se antoja como un acto casi divino cuyos alcances y efectos bordean la eternidad, lo imperecedero, la perfección absoluta.

En efecto, La historia de la guerra del Peloponeso es una obra magistral que se sigue publicando, leyendo, estudiando, comentando y disfrutando como un paradigma de la historia universal, no obstante que los acontecimientos que Tucídides relata y analiza hayan sucedido hace la friolera de veinticuatro siglos.

En qué consiste el genio de Tucídides para que siga subyugando a miles y miles de lectores a lo largo de los tiempos y las geografías más dispares? ¿Por qué su Guerra del Peloponeso sigue despertando incógnitas, interpretaciones y lecturas diversas, por qué nos inquieta, por qué nos deslumbra aún? ¿Cuál es el significado y las consecuencias profundas de aquella guerra que siguen concerniéndonos y cuyos efectos nos tocan tan cercanamente? ¿Por qué los estudios históricos tienen a Tucídides como referencia esencial, como su piedra Rosetta?

Tucídides (460-398 a. de C.) hijo de Oloros quien poseía ricas minas de oro en la región costera de Tracia, tuvo la fortuna de ser ciudadano ateniense en el llamado Siglo de Pericles —con quien por cierto rivalizó políticamente en un momento dado, fuera su amigo y uno de sus mayores apologistas—, recibió una esmerada educación en la que pueden establecerse influencias del filósofo Anaxágoras, del célebre orador ático Antifón o el sofista Gorgias cuyo nombre lleva uno de los diálogos de Platón.

Buena parte de su activa vida la dedicó a la política, su mayor pasión, fuente de inspiración y motivo que le impulsó a escribir su célebre Historia. La política le llevó incluso a comandar una flota durante la guerra del Peloponeso y en una desafortunada acción en la que Atenas perdió una importante plaza, fue acusado de negligencia, cayó en desgracia y fue desterrado.

Durante su exilio de casi veinte años, Tucídides documentó y siguió muy de cerca los acontecimientos de la guerra y escribió su magna obra que dejó inconclusa cuando lo sorprendió la muerte en Atenas, donde había regresado poco antes de la capitulación de la ciudad en manos de Lisandro, el general espartano, gracias a un decreto especial obtenido de Enobio que le permitió presenciar con dolor la caída de su amada patria.

Como es obvio, el destierro lo privó de la política activa, en cambio, le permitió dedicarse a hacer historia de los acontecimientos recientes y que estaban ocurriendo desde una posición más alejada e imparcial que asumió con plena y deliberada conciencia, no ya como una forma de hacer política partidista sino de hacerla inteligible, de analizarla

racionalmente con suficiente distancia y perspectiva crítica. La guerra lo hizo historiador. En tal sentido, aunque a Herodoto no se le puede escatimar la paternidad de la historia, Tucídides es el primero en hacer historia política.

Uno de los rasgos característicos y originales de Tucídides fue haberse apartado de la tradición fuertemente enraizada hasta entonces de mezclar, sin ningún tipo de discriminación, historia y mito, hechos reales y leyendas. Acontecimientos y sucesos acaecidos a los hombres eran explicados y justificados en última instancia por la intervención de poderes mágicos o religiosos, amén de exagerarlos o aderezarlos con intenciones poéticas y épicas con el fin de agradar a lectores u oyentes.

Al rechazar tal tradición y abocarse al estudio, investigación y explicación objetiva, racional y crítica de los actos y hechos de los hombres acaecidos en el tiempo, en su entorno social y político —la polis—, Tucídides aporta a la historia plena autonomía e independencia como disciplina de carácter científico que a partir de entonces goza, no obstante que a menudo se olvide o sea pasado por alto.

Siendo político, como efectivamente lo fue, al momento de hacer historia adquirió la suficiente disciplina y autocontención para observar, relatar, explicar y analizar los hechos lo más apartado posible de sus inclinaciones partidistas, ideológicas o políticas, como lo confirman las distintas argumentaciones y discursos que las partes antagónicas enderezan ante los senados y asambleas ya espartanos, ya atenienses o de las confederaciones, que se ajustan en el espíritu a lo que cada una de ellas creía que en justicia y en razón amparaba y justificaba sus respectivas causas y decisiones para emprender o rechazar a la guerra. Hay ponderación y equilibrio en las argumentaciones que Tucídides pone en boca de las partes involucradas.

Werner Jaeger en su clásica *Paideia* ha enfatizado: "La asombrosa concentración de pensamiento y voluntad políticos que revela Atenas... halla en la obra de Tucídides su expresión espiritual más adecuada." "Pero Atenas, orientada y concentrada en el presente, se vio de pronto sumida en un recodo del destino en que el pensamiento político despierto se vio precisado a completarse con el conocimiento histórico, aunque en un sentido y con otro contenido: era preciso llegar al conocimiento de la evolución de la ciudad de Atenas a su gran crisis. No es que la historia se haga política, sino que el pensamiento político se hace histórico. Tal es la esencia del fenómeno espiritual que halla su realización en la obra de Tucídides." la neces

De tal manera que Tucídides va más allá de la mera exposición y análisis de los argumentos o pretextos esgrimidos por las partes, ya en favor o en contra de emprender la guerra, a los que en todo caso considera superfluos o meras excusas que esconden los motivos ocultos que habrá que desentrañar y a ello se empeña.

Para Tucídides el trasfondo que motivó el inevitable enfrentamiento entre las dos potencias rivales de la Hélade, no fue otro más que la contradicción irreducible e irremediable por vías pacíficas entre dos proyectos de vida y de organización política y social, de dos concepciones civilizatorias, que no tenían más remedio que resolverse a través de la guerra, es decir, mediante la aniquilación de uno u otro.

Es esta tensión de civilizaciones lo que la aguda intuición, el elevado raciocinio y el genio político de Tucídides logran captar y expresar como el eje del drama sobriamente expuesto, sin adornos poéticos ni épicos, sin asideros míticos, mágicos o religiosos —la historia desacralizada—, sino como el enfrentamiento entre seres humanos y las sociedades políticas que conforman, sus ideas, ideales, temores y miedos, intereses y ambiciones, así como "el resorte supremo y determinante... el anhelo de dominio, la codicia del poder".²

"...tengo para mí —ha escrito Tucídides al final del Libro I, capítulo II— que la causa más principal y más verdadera, aunque no se dice de palabra, fue el temor que los lacedemonios tuvieron de los atenienses, viéndoles tan pujantes y poderosos en tan breve tiempo".³

Para enfatizar el carácter objetivo que le movió a escribir su historia, alejado de las pasiones políticas y alentado por las ventajas que ofrece el conocimiento racional, expone el objeto de su obra: "Acaso mi obra parezca poco divertida por falta de bellas historias. Será útil, sin embargo, para todo aquel que quiera formarse un juicio adecuado y examinar de un modo objetivo lo que ha acaecido y lo que, de acuerdo con la naturaleza humana, ocurrirá ciertamente en el futuro, del mismo modo o de un modo análogo. Ha sido concebido como posesión de valor permanente, no como un alarde propio para satisfacción momentánea."⁴

Esta última afirmación, nos remite a la aspiración del conocimiento de leyes universales y permanentes; si la naturaleza humana es igual y la misma en todo tiempo y circunstancia, será pues posible y previsible determinar su curso. Esta aspiración que inaugura Tucídides para el conocimiento histórico, quizá sea la que le da carácter de imperecedera actualidad a su Historia.

Al respecto, Edmundo O'Gorman ha señalado: "La novedad y grandeza del esfuerzo de Tucídides por reconstruir la historia de un pasado para el cual ya no había testigos oculares —se refiere a la prehistoria griega del Libro I—, consiste en que, en el fondo, no sólo se trata de ofrecer una serie de sucesos cronológicos y causalmente encadenados, sino de presentar una imagen del devenir histórico como un proceso significativo." (Las cursivas son mías.) Y añade: "Para Tucídides, pues, lo importante no es recordar y registrar lo acontecido, sino captar su sentido mediante la interpretación de unos cuantos indicios que le parezcan dignos de fe, una vez despojados por él de la hojarasca de las tradiciones míticas y de las ficciones de la epopeya. Se trata, por consiguiente, en primer lugar, de una hipótesis sobre el acontecer histórico, pero, en segundo lugar, de una hipótesis cuya finalidad es poner de manifiesto la verdad subyacente a ese acontecer."⁵

En política "sólo es posible una acción previsor y sujeta a plan, si en la vida humana, en determinadas condiciones, las mismas causas producen los mismos efectos".⁶ Con esta comprobación de Solón, añade Jaeger, empieza el pensamiento político de los griegos. Desde entonces se ha añadido a la esfera del interior del Estado (política interna) un nuevo y gigantesco campo de experiencia política, desde que Atenas se ha convertido en un gran poder: el de las relaciones entre Estado y Estado que en la actualidad llamamos política exterior. Entre sus características juegan un papel esencial la previsión y la claridad de juicio, que según propia confesión, son las cualidades que Tucídides quiere legar a la posteridad.

La verdadera grandeza de su espíritu, ha señalado Jaeger refiriéndose a la obra histórica de Tucídides, consiste en el esfuerzo para llegar al conocimiento político. "La política es un mundo regido por leyes inmanentes peculiares, que sólo es posible alcanzar si no consideramos los acontecimientos aisladamente, sino en la conexión de su curso total."⁷

El genio de Tucídides radica no sólo en la mera exposición fáctica de los acontecimientos que relata, de por sí importantes y original la manera en que los expone, sino por la indagación y la dilucidación de las causas que los han producido, pues ello servirá para predecir o evitar, en circunstancias similares, los acontecimientos del futuro. En ello radica a mi juicio la grandeza del conocimiento histórico: explicar el pasado para entender el presente y prever el futuro: la historia del hombre en el tiempo.

En su célebre obra *La sociedad abierta y sus enemigos*, Karl Popper sitúa los albores de la sociedad abierta precisamente en las Atenas de Pericles y Tucídides y, en contraposición, como prototipo de la sociedad cerrada de la época, destaca a Esparta; la lucha entre ambas como tensión dialéctica por antonomasia que necesariamente se da entre los dos tipos de sociedad: las abiertas y las cerradas. En tal sentido la guerra del Peloponeso no es para Popper otra cosa más que la representación de esa pugna y su resolución –temporal y transitoria– por la vía armada.

Trátase de la tensión entre las sociedades cerradas, movidas por un afán de preservar una rígida estructura de poder por lo general oligárquica, así como por una cosmovisión mágica y colectivista que le es propia, sostenida por el mito y el tabú, que no desea cambiar ni trastocar, y las sociedades abiertas motivadas por un ímpetu liberador, renovador, individualista, de apertura y de cara al futuro cuyo asidero es el pensamiento racional y crítico. Es la guerra entre el detenido tribalismo oligárquico de Esparta y la pujante democracia ateniense.

Tucídides fue plenamente consciente, artífice político, historiador y aun filósofo político del extraordinario movimiento civilizador fundacional que la Atenas de su época estaba gestando. Por ello considera la guerra del Peloponeso como el suceso clave y eje de Grecia hasta entonces ocurrido, de cuyo desenlace dependerá la suerte de esa magna empresa civilizatoria.

En su Libro I, capítulo I, hace una recapitulación de las guerras anteriores que libraron los griegos desde Troya, incluidas las guerras médicas con el fin de destacar su menor importancia y significación frente a la del Peloponeso, tanto por el número de combatientes que emplearon como por pertrechos, naves y duración, como por lo que se estaba jugando de por medio. Cuenta, asimismo, la forma en que se formó la idea y lo que en la actualidad llamamos conciencia racional de Grecia, así como las causas del progreso y engrandecimiento de Atenas.

Esta ciudad debió en gran medida su expansión y grandeza material y espiritual, al desarrollo marítimo que experimentó, gracias al cual pudo formar una gran armada, la más grande y poderosa de su tiempo, como –no menos importante– por el establecimiento de una flota mercante que se extendía a lo largo y ancho del Mediterráneo y que propició una

intensa actividad comercial que trajo consigo no sólo grandes riquezas y la formación de capital, sino el contacto, conocimiento y diálogo con otras culturas y civilizaciones.

Armada y flora mercante edificaron el imperio y el poder imperial de Atenas, al tiempo de fomentar en los atenienses una disposición de apertura al mundo que forzó la ruptura de su ensimismamiento y propiciar una nueva vocación, arrojo y disposición para crear y realizar un nuevo mundo que en efecto crearon y realizaron, y cuyos paradigmas aún son perfectamente válidos en nuestros días.

No obstante su superioridad naval, política y económica, Atenas sucumbe luego de veintisiete años de guerra, por una serie de factores adversos que se conjugaron. Durante la guerra, emprendieron una desastrosa expedición punitiva a Sicilia (la Magna Grecia), muere inesperadamente el excepcional líder Pericles quien "gobernaba a la multitud en mayor medida que era gobernado por ellos" y que "gracias a su sentido del honor, llegaba a oponérsele", y había advertido: "temo más a nuestros propios errores que a la estrategia del enemigo". Le suceden una serie de políticos que a decir de Tucídides acabaron por "entregar el gobierno al pueblo, siguiendo sus caprichos", con lo que se incurrió en todos los errores caucionados por Pericles y que, a la larga, acarrearón el desastre y la derrota.

En la célebre Oración fúnebre de Pericles que Tucídides recoge con la mayor fidelidad posible,* están condensados los ideales, paradigmas, aspiraciones y la vocación política y filosófica que la Atenas de esa época estaba resuelta a emprender y poner de ejemplo para todos los pueblos que aspiran a un estadio superior de la civilización. Recojamos algunos párrafos que bien merecen recordarse:

– "Nuestras leyes ofrecen una justicia equitativa a todos los hombres por igual, en sus querellas privadas, pero eso no significa que sean pasados por alto los derechos del mérito. Cuando un ciudadano se distingue por su valía, entonces se lo prefiere para las tareas públicas, no a manera de privilegio, sino de reconocimiento de sus virtudes, y en ningún caso constituye obstáculo la pobreza..."⁸

"Nuestra administración favorece a la mayoría y no a la minoría: es por ello que la llamamos democracia."

"La libertad de que gozamos abarca también la vida corriente; no recelamos los unos de los otros, y no nos entrometemos en los actos de nuestro vecino, dejándolo que siga su propia senda."

"Pero esta libertad no significa que quedemos al margen de las leyes. A todos se nos ha enseñado a respetar a los magistrados y a las leyes y a no olvidar nunca que debemos proteger a los débiles. Y también se nos enseña a observar aquellas leyes no escritas cuya sanción sólo reside en el sentimiento universal de lo que es justo."

"Nuestra ciudad tiene las puertas abiertas al mundo; jamás expulsamos a un extranjero."

"Somos libres de vivir a nuestro antojo y, no obstante, siempre estamos dispuestos a enfrentar cualquier peligro."

"Amamos la belleza sin dejarnos llevar de las fantasías, y si bien tratamos de perfeccionar nuestro intelecto, esto no debilita nuestra voluntad."

"Admitir la propia pobreza no tiene entre nosotros nada de vergonzoso; lo que sí consideramos vergonzoso es no hacer ningún esfuerzo para evitarla."

"El ciudadano ateniense no descuida los negocios públicos por atender sus asuntos privados."

"No consideramos inofensivos, sino inútiles, a aquellos que no se interesan por el Estado; y si bien sólo unos pocos pueden dar origen a una política, todos nosotros somos capaces de juzgarla."

"No consideramos la discusión como un obstáculo colocado en el camino de la acción política, sino como un preliminar indispensable para actuar prudentemente."

"Creemos que la felicidad es el fruto de la libertad y la libertad, el del valor, y no nos amedrentamos ante el peligro de la guerra."

"Resumiendo: sostengo que Atenas es la Escuela de la Hélade y que todo individuo ateniense alcanza en su madurez una feliz versatilidad, una excelente disposición para las emergencias y una gran confianza en sí mismo."⁹

He aquí, parte del imperecedero legado que la Atenas de la gran generación ha dejado a la humanidad y que Tucídides ha sabido plasmar en su única pero inmortal obra escrita para dejar constancia y testimonio de ello como ejemplo para todas las generaciones que desde entonces —hace veinticuatro siglos— han querido y sabido aprovecharse de ella.

En nuestro infortunado y atribulado país, todavía en feroz tensión y pugnas irresolutas por transitar o no hacia el estadio civilizatorio de sociedad abierta y dejar atrás, de una buena vez por todas, la sociedad cerrada que aún se resiste a morir y que en su afán impide la plena realización de la sociedad abierta que nos merecemos, sería muy provechoso recordar, estudiar, aprender y valorar el imperecedero legado que ha dejado Tucídides para la posteridad.

Notas

1 Werner Jaeger, *Paideia*, Fondo de Cultura Económica, segunda reimpresión, México, 1971, pp. 346 y 347.

2 Edmundo O'Gorman, *Introducción a la Historia de la guerra del Peloponeso de Tucídides, Sepan Cuántos...*, núm. 290, Editorial Porrúa, 4a. edición, México, 1989, p. LVIII.

3 Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso, Sepan Cuántos...*, núm. 290, p. 11.

4 Tucídides citado por Jaeger, *op. cit.*

5 O'Gorman, *op. cit.*, p. XXVIII.

6 Jaeger, *op. cit.*, p. 351.

7 Jaeger, *op. cit.*, p. 351.

* "Considero que la versión de Tucídides (II, 37 y sig.) de la oración de Pericles puede reputarse prácticamente auténtica. Con toda probabilidad se hallaba presente cuando Pericles la pronunció y, en todo caso, debió haberla reconstruido con la mayor fidelidad posible. Existen buenas razones para suponer que en aquella época no era extraordinario que un hombre aprendiese el discurso de otro aun de memoria." K. Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, nota 16 del capítulo 6, p. 500.

8 Tucídides citado por Karl Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Ediciones Paidós Ibérica, 6a. reimpresión, Barcelona, 1994, p. 101.

9Ibidem, p. 182.